

Si el agua del lago es dulce, en cambio el suelo de Vacovia está de tal manera saturado de sal, que es imposible su cultivo. Es probable que la sal sea producto de la descomposición de las plantas acuáticas, y en realidad aquel distrito parece haber sido cubierto en otro tiempo por el agua. Actualmente la sal, blanca pero amarga, constituye el principal artículo de comercio.

Las canoas empleadas en la orilla oriental son insuficientes para emprender en línea recta la travesía del lago, que los remeros mas vigorosos no pueden efectuar sino en tres ó cuatro dias; pero en la orilla oriental, unas embarcaciones de sólida construcción emprenden este viaje para venir á traficar á Megun-



Retrato del cacique Legge.

corrientes muy importantes, toda vez que las distinguíamos á 60 millas de distancia.

Abundan allí los cocodrilos, y es tal su voracidad, que las mujeres, cuando van á buscar agua, evitan mojarse hasta la rodilla.

La latitud de Vacovia está entre 1 y 15° de latitud Norte.

Durante ocho dias seguimos atormentados por la calentura en dicha poblacion, esperando las canoas, cuya llegada se retrasaba tal vez únicamente para sacarnos el mayor número posible de regalos. Al fin llegaron, pero eran dos miserables embarcaciones al descubierto. En una de ella practiqué una especie de camarote, que podia preservarnos un tanto del sol ó de la lluvia; cada barca era manejada por cuatro remeros, y en ellas entramos en una hermosa madrugada sobre las aguas mas tranquilas que es posible imaginar, con rumbo al Norte y una buena provision de pollos y pescado.

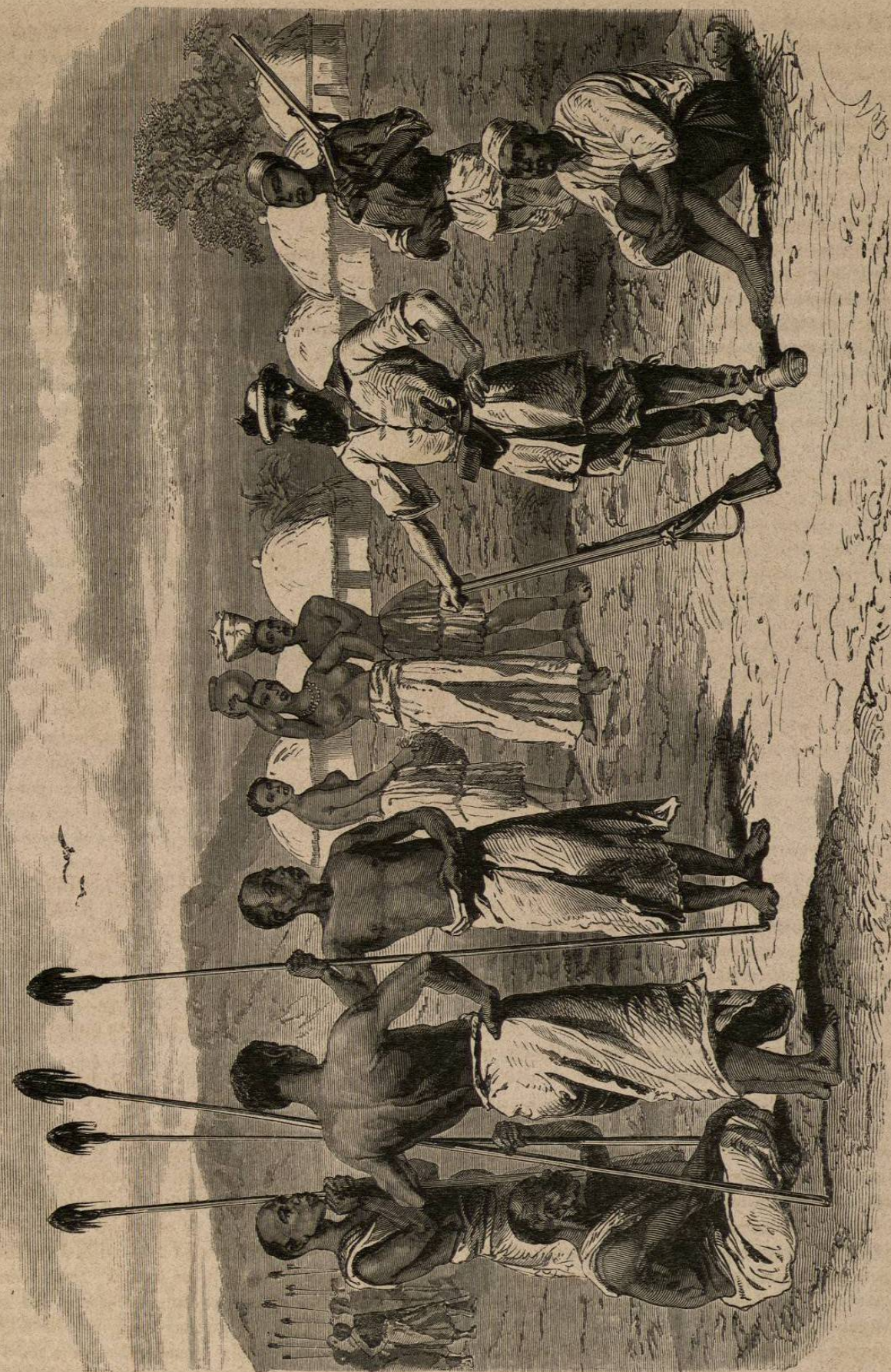
La mayor parte de los que me seguian, incluso Richarn y Saat, y las negras con Bachita, iban en

go. Esta orilla está ocupada por el vasto reino de Melegga, al Sur del cual se encuentra el de Djori. En la occidental se encuentran el Unyoro, el Uganda, el Oturubi y el Karagué; este Estado se halla bajo el 2° de latitud meridional. Allí el lago se dirige, segun se dice, hácia el Oeste, sin que sea conocido su último límite.

Algunas veces sube á 4 pies del nivel que tenia cuando lo vimos, y ocupa una profunda depresion muy inferior al nivel general del pais que habíamos atravesado. Sus afluentes son numerosos, y muchos deben ser considerables, porque con el auxilio de un antejo de larga vista descubrimos dos cataratas que se precipitaban de las montañas, y pertenecian á

la canoa grande, y mi mujer y yo en la pequeña, en la que habia arreglado el camarote. En el momento en que nos alejábamos de la orilla, el cacique de Vacovia, que me habia pedido chucherías de vidrio, las arrojó al agua, para alcanzar en nuestro favor la proteccion de las divinidades del lago, no permitiendo que los hipopótamos sumergiesen nuestras embarcaciones.

Durante el primer dia el viaje fue delicioso. El lago estaba en calma, cubierto el cielo, y el paisaje era encantador. Algunas veces se podian distinguir las montañas de la costa occidental, y el lago parecia tener una estension infinita. Estábamos á menos de 100 metros de la orilla oriental, y de tiempo en tiempo costeábamos bancos de arena, ó matorrales que se estendian sobre praderas de 1 milla de ancho entre el agua y la base de las colinas; otras veces pasábamos por debajo de enormes peñascos que se elevaban á pico á 500 pies sobre las aguas. En tales casos costeábamos la orilla y acelerábamos la navegacion, empujando los bambúes contra los peñascos,



Baker reconocido y declarado hermano de Speke por los enviados de Kamrasi.

que pertenecían á la época primitiva, siendo en lo general de granito, y hallándose mezclados en muchos puntos con pórfido rojo. En los espacios vacíos crecían soberbios arbustos de todos matices, y entre otros, gigantescos euforbios. Sobre los barrancos, envueltos en sombras, mecíanse esbeltos datileros silvestres, cuyos penachos se asemejaban á ligeras plumas, y su presencia anunciaba siempre algún arroyuelo que serpenteaba entre las sombras y la frondosidad.

Multitud de hipopótamos se solazaban en los fondos de poca agua, así en las orillas como sobre los bancos de arena, entre los bosquecillos que descollaban sobre la señal que indicaba las grandes crecidas; también pululaban los cocodrilos, que se calentaban al sol en las márgenes.

Nuestra navegación continuó mucho tiempo después de haber cerrado la noche; tomamos tierra no lejos de una aldea, y allí pernoctamos; por fortuna tuve cuidado de hacer guardar los remos á bordo de las canoas, porque al despertar á la mañana siguiente ví que todos los remeros habían desaparecido, y que los habitantes de aquel pueblo se habían ocultado. Mandé entonces que nadie se alejase. Después de esperar una parte del día, y siendo hermoso el tiempo, hice proceder al embarque á las tres de la tarde; pero como los que me acompañaban no sabían remar, avanzamos muy poco y nos costó bastante trabajo llegar á un promontorio, á cuyo pie había un arenal donde pasamos la noche azotados por una copiosa lluvia, mientras me ocupaba de escogitar un medio que nos librara de tal embarazo. Al rayar el día, hice, á pesar de la lluvia que seguía cayendo, un agujero en la parte posterior de mi canoa, en el cual metí un remo que sujeté fuertemente con tiras cortadas de una de las grandes pieles de buey que nos servían de mantas y que el agua había empapado; y esto me sirvió de un excelente timón. Cortando luego dos bambúes, hice un mástil y una antena, de la que suspendí á manera de vela, una gran capa escocesa. No obstante, desalentada mi gente por los infructuosos esfuerzos, y resignados con su destino, me dejaban hacer y fumaban apáticamente.

Volvimos á embarcarnos y mi canoa partió como una flecha, en tanto que la otra daba vueltas como el día anterior. Después de doblar dos cabos, descubrimos una pequeña bahía llena de canoas, y una playa arenosa llena de negros que agitaban sus remos sobre nuestras cabezas, ofreciéndonos sus servicios. Nos dirigimos hacia ellos, y acudieron seis en ayuda de la otra canoa que en breve se reunió á nosotros, siendo su primer cuidado quitar de la mía el mástil y la antena, cuyo uso ignoraban.

Navegábamos de conserva á 4 millas de la ribera, cuando de improviso se declaró un viento de Sudoeste-

te, apiñáronse las nubes, el lago empezó á encrespase, y todo anunció un huracán que, en mi juicio, estallaría á las tres de la tarde. Hice, pues, remar vigorosamente, pero el aspecto del lago se modificaba rápidamente; las aguas eran oscuras, las olas cabrilleaban, nuestra canoa empezaba á sumergirse, y á milla y media de la orilla ya no podíamos dirigirla: á no haber llevado bastantes utensilios para vaciarla á medida que se llenaba, nos hubiéramos anegado. Por último, á consecuencia de algunos truenos desatóse el huracán, corriendo del Oeste al Sudoeste, y empujándonos directamente á tierra. Las olas, ya terribles, estrellábanse con estruendo contra mi camarote; el viento era horroroso, y la lluvia que caía á torrentes, no permitía ver sino las cimas de los peñascos; mas, por fortuna corríamos hacia un arenal. Ya casi tocábamos la orilla, cuando desplomándose sobre nosotros una ola, sumergió la canoa, la cual, sin embargo, no se rompió ni fue arrastrada; así, no bien tomamos tierra, pudimos traerla con seguridad á la arena.

La otra canoa, que yo consideraba perdida, llegó á donde nos hallábamos, después de una hora de cruel ansiedad.

Las cercanías de nuestro desembarcadero, no bien se disipó la tormenta, nos parecieron magníficas; animábalas una catarata de 1,000 pies de altura, formada por el Kangiri, río que procedía de la vasta laguna á que habíamos dado la vuelta, y luego atravesado en parte por el camino de M'Rouli á Vacovia.

Nuestra navegación continuó lentamente, porque á mediodía las ráfagas huracanadas y los truenos estallaban periódicamente, obligándonos á refugiarnos en la orilla.

De esta manera llegamos á Eppigoya, ciudad notable situada en una bahía magnífica al pie de escarpados peñascos, cuyas herbosas pendientes estaban cubiertas de rebaños de cabras, de las cuales no nos fue posible comprar ni una siquiera; en cambio, la volatería estaba tan barata que por 1 scheling (1 franco y 25 centimos) nos procuramos ciento cincuenta pollos; también nos abastecimos de pescado salado y de sal de calidad muy superior á la que hasta entonces habíamos hallado.

Al décimo día, después de nuestra salida de Vacovia, el lago solo tenía una anchura de 30 millas, pero al paso que iba estrechándose ganaba en belleza. Al día décimo-tercero no tenía sino 15 ó 20 millas de anchura, y tocábamos ya al término de nuestro trayecto.

Un inmenso lecho de cañas, de 3 pies de profundidad, pero debajo del cual no se encontraba el fondo á 25, formaba una ribera facticia. Por entre las cañas, que se estendían hasta perderse de vista, abriase un espacioso canal de media milla, en el que se des-

plegaban como dormidas las aguas del Somerset, que tan furibundas habíamos visto en Karuma: apenas podía creerse que fuesen las mismas.

En el desembarcadero de Megungo encontramos muchos indígenas que nos esperaban en compañía de su cacique y del guía Rebonga, que nos había conducido de M'Rouli á Vacovia. Aquel lugar, sombreado por algunos árboles enormes, nos pareció delicioso, y á 1 milla se alzaba la ciudad en un terreno mas alto.

Mientras mi mujer descansaba á la sombra, fui á la orilla á examinar los preparativos que los naturales hacían para la pesca. Sobre un espacio de muchos centenares de pies, los bordes de la zona de cañas estaban dispuestos de tal manera, que los peces gruesos que entraban en los espacios en que el agua estaba libre cerca de la orilla, no podían dejar de ser cogidos. A trechos había colocados unos cestos de cerca de 6 pies de diámetro y 18 pulgadas de abertura, de los cuales los peces no podían ya salir. Mi gente acababa de procurarse la mitad de un pescado, cuya otra mitad había sido devorada por un cocodrilo; era un *baggera*, uno de los peces mas esquisitos del lago, y cuyos restos pesaban unas cincuenta libras; su forma es la de una pértiga, y en lo esterior tiene el color del salmon. Otro que compré tenía el aspecto de una anguila, pero era un manjar opíparo, notándose que en el lugar en que los saurios tienen las patas, él tenía cuatro tentáculos. Muchas variedades de los peces que allí se cogen pesan mas de doscientas libras.

Al llegar á Megungo nos encontramos á 250 pies sobre el lago, en la cima de la última colina que domina la pendiente de unas 6 millas de longitud, que sube del lago hasta el nivel de una meseta, cuya altura se aproxima á 500 pies sobre el lago. El Albert N'yanza se angostaba cada vez mas hacia el Norte, donde, después de presentar una anchura de 17 millas en frente de Megungo, se perdía bajo un bosque de cañaverales, de unas 5 millas de ancho, y cuyos brillantes matices se prolongaban hasta perderse de vista, señalando el curso del Nilo á su salida del lago. El río, según me dijeron los naturales, era navegable hasta larga distancia; pero las canoas del Unyoro no podían recorrerlo, porque sus orillas estaban pobladas por hostiles y poderosas tribus. Su salida distaba tal vez 18 millas de la desembocadura del lago Somerset, lo que estaba en completo acuerdo con los datos obtenidos por Speke. Era, pues, tan importante cerciorarse de que aquella agua que se dirigía al lago era la misma que, como él, habíamos visto en Karuma, que resolví remontar su curso hasta esta catarata.

El cacique de Megungo me confirmó por otra parte lo que en otro tiempo yo había averiguado en el

Latuka y por la mujer de Bachita; esto es, que había habido una época en la que los habitantes del Karagué llevaban á esta ciudad brazaletes y conchitas de mariscos.

Así, aunque estenuado por la calentura, mandé preparar las canoas, y nos embarcamos para subir el Somerset, á la sazón de aguas tan tranquilas, y que se estendían por un espacio de 500 metros. Estrechábanse rápidamente, y á 10 millas mas arriba de su desembocadura el río solo tenía 250 metros, hallándose ceñido por ambos lados por una cadena de colinas de 200 pies de altura. Sus aguas eran claras y profundas, pero aun no tenían corriente. A 8 millas mas arriba el río ya no tenía de ancho sino 180 metros, y la corriente, aunque lenta aun, era perceptible. Por último, á la vuelta de un ángulo nos encontramos en frente de una poderosa catarata, cuyo estruendo se oía á larga distancia.

A cada lado del río se elevaba una muralla de cerca de 300 pies, magníficamente cubierta de árboles, cuya frondosidad era cada vez mayor, y la cual dominaban á trechos las cimas de los peñascos. Por entre una abertura situada inmediatamente á nuestra vista, el río, reducido á una anchura de 50 metros, se arrojaba impetuosamente y caía de un solo salto desde una altura perpendicular de mas de 35 metros, á un abismo de peñascos negros de origen volcánico. La blancura deslumbradora de la espuma formaba un soberbio contraste con aquel cuadro. Las palmeras de los trópicos y los bananos silvestres adornaban aquel hermoso paisaje. Esta es la catarata mas imponente que se ha encontrado en el Nilo; y en honor del ilustre presidente de la sociedad inglesa de Geografía, le puse el nombre de Murchison.

A la izquierda del sitio en que se detuvieron los barqueros había un banco de arena enteramente cubierto de cocodrilos, fendidos unos cerca de otros en líneas paralelas, y maté uno de terrible magnitud. Al oír la detonación, nuestros cobardes remeros, ocultándose en el fondo de la canoa, la dejaron deslizarse y nos vimos arastrados por la corriente hacia un cañaveral donde un hipopótamo levantó la quilla. Diez y ocho cocodrilos asomaron á la vez sus cabezas en aquel banco. ¡Qué magnífico desayuno para ellos, si hubiésemos zozobrado!

En la población próxima supimos que Rebonga se había quedado en Megungo; él nos había preparado nuestros bueyes de silla; pero los pobres animales se hallaban en un estado lamentable, y nos fue preciso arrastrarnos penosamente á lo largo de la orilla. Mi mujer y yo, quebrantados por la calentura, fuimos trasladados á la isla de Patuan, de media milla de largo sobre 50 metros de ancho, y nos albergamos en una choza desprovista de techo, que al estallar la

tempestad se llenó de agua. Esta isla, así como las inmediatas, pertenecían á Rionga y á su poderoso aliado Fowuka, dos enemigos mortales de Kamrasi. En este sitio el río tiene cerca de 200 metros de ancho; la celeridad de su corriente es de 4 millas por hora, y baja por una serie continua de cataratas.

La cima de la de Murchison está 350 pies más baja que Patuan. La isla es inferior en 800 pies á Karuma, que se encuentra así á 1,276 sobre el nivel

del Albert N'yanza, al paso que de M'Rouli á Karuma por espacio de 20 millas, el río solo baja 20 pies.

No obstante, privados de nuestros bueyes por la dañina mosca *tsetse*, y de nuestros mozos de carga por la desercion, nos veíamos en cierto modo prisioneros en Patuan. En tal apuro ofrecí á los naturales toda la bisutería de cristal y los bagajes que me quedaban para que nos llevasen directamente á Shua; pero



Herreros latukas.

cuando creía que contaba con su asentimiento, supe por Bachita que proyectaban lisa y llanamente apoderarse de cuanto teníamos, abandonándonos luego en aquel desierto, donde hubiéramos muerto de hambre.

Apresuráme, pues, á trasladarme con mi gente y bagajes á la orilla izquierda, asolada por la guerra entre Rionga y Kamrasi, y donde se nos unió Rebonga, encargado de presentarnos á este soberano: todo el país que atravesamos estaba devastado. Al llegar á Kisuna tuvimos la alegría de oír una salva que respondía á la nuestra; los que la hacían eran los diez árabes que Ibrahim había dejado en Kamrasi á las órdenes de Eddris: todos vinieron uno tras otro á besar mi mano y la de mi mujer. Aquellos hombres, que en otro tiempo habían querido espulsarme

de Gondokoro, y luego jugarme una mala pasada en el camino de Latuka, se mostraban muy alegres al volvernos á ver vivos.

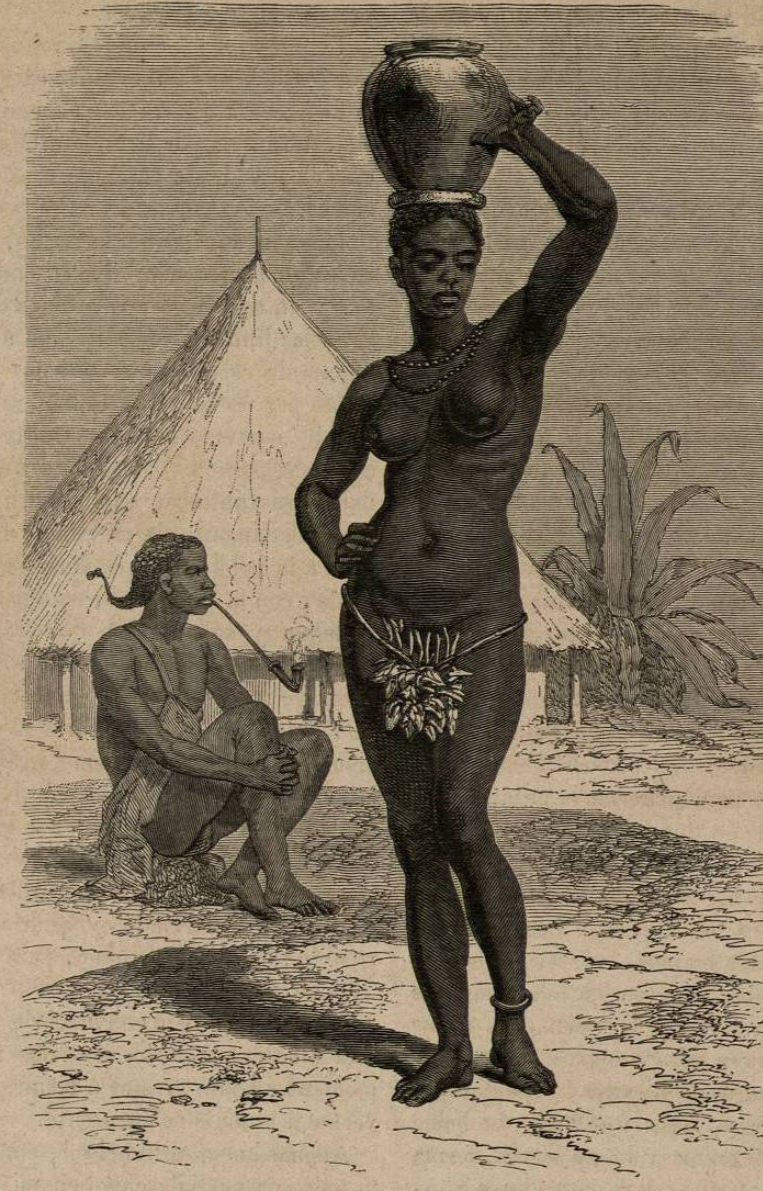
VII.

El falso y el verdadero Kamrasi.—Llegada á Shua.

Poco después de los acontecimientos referidos, nos procurábamos algún reposo en una miserable choza, cuando me anunciaron la visita de Kamrasi, y casi en el mismo momento ví al personaje á quien hasta entonces había considerado como el rey del Unyoro. Pero, muy diferente en sus maneras de afectada dignidad de otros días, acercóse á mí riéndose á carcajadas, como si mi pobre aspecto le hubiese regocijado en extremo. «Y bien, me preguntó, ¿habeis visto

ya el M'wutan-n'zigé? ¿Pero no estais mejor? ¡Apenas os reconozco! ¡ja, ja, ja, ja!» No hallándome en disposicion de sufrir sus necias chanzonetas, me apresuré á decirle que su descortesía era digna de

mi desprecio, y que iba á publicarla entre las tribus circunvecinas para que decayesen completamente en la estimacion de todos. «Olvidad, olvidad todo esto, me respondió; los dos estais muy flacos, en verdad,



Mujer de la tribu de los Obbos.

pero vuestra es la culpa. ¿Por qué os habeis negado á combatir contra Fowuka? Hubierais tenido, si otra hubiese sido vuestra conducta, esquisitas carnes, leche, manteca, y gozaríais de buena salud. Mi gente está pronta á atacar mañana á Fowuka; los turcos son 10, á vuestras órdenes teneis 13; 13 y 10 son 23; sereis conducido á hombro si no podeis marchar; Fowuka no podrá escapársenos, y muerto él, *mi hermano* os cederá la mitad de su reino. Esta mis-

TOMO VI.

ma mañana tendreis abundantes provisiones. Voy á buscar á *mi hermano*, el gran M'Kamma Kamrasi, y él os enviará todo lo que podeis desear. Yo soy una mísera criatura, pero él es un gran hombre; yo nada tengo, pero él posee todo y desea veros; podeis dirigiros á él fácilmente, pues se halla muy cerca de aquí.»

Con asombro escuchaba á mi interlocutor, dudando si estaba ébrio ó si hablaba en su cabal razon.—